

MENDÉ



LA OBRA DEL SEÑOR JOYCE

LA OBRA DEL SEÑOR JOYCE

por Ale Mendé

*Estas arenas pesadas son el lenguaje que
el viento y la marea han infiltrado ahí...*

James Joyce - Ulises

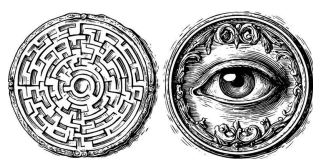




Imagen de tapa

Título: Invasión antes del mediodía.

Autora: Brenda Torassa

Técnica: Óleo sobre tela

tamaño: 80 x 100 cm

La obra del señor Joyce
Un ensayo sobre James Joyce

© 2025 Alejandra Mendé

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo las siguientes condiciones:

- Atribución — debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que el licenciante lo respalda a usted o su uso.

- NoComercial — no puede utilizar el material para fines comerciales.

- Sin Derivadas — si remezcla, transforma o construye sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para más información, visite:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Contacto:

alejandramende@gmail.com

<https://literaturasporalemende.blogspot.com/>

ÍNDICE

A James Joyce	6
CLAVES DE LECTURA	7
LOS ACORDES DE IRLANDA	8
PARNELL, LA INFANCIA Y LA INJUSTICIA	10
LA GRAN HAMBRUNA DE LA PAPA	14
PARÁLISIS	16
MITOLOGÍA	20
PENTECOSTÉS	24
EPICLESIS	29
HACER(SE) UN NOMBRE	36
VOCACIÓN	39
EPIFANÍAS	43
LA SERIE EPIFÁNICA EN DUBLINERS	49
EL EXILIO	58
EXILIADOS	61
ULISES: UN PUNTO DE INFLEXIÓN	64
ULISES Y LA LENGUA MATRIARCAL	70
LOS CELOS O EL EXILIO DEL AMOR: JOYCE/SHAKESPEARE	75
FINNEGANS WAKE: EL CÍRCULO QUE NO CIERRA	77
EPÍLOGO: VOLVER AL PRINCIPIO	80

A James Joyce
Estimado señor,

Tengo el agrado de dirigirme a usted desde estos tiempos que corren como un río de palabras, dichas y escritas sobre su obra. No tengo 18 años. No tengo la frescura de su edad al hacer la crítica de Cuando morimos despiertos de Ibsen. Sin embargo, como usted, tomé su obra con la estimación y atención que, como bien dice, son las únicas críticas verdaderas. Tal como usted le manifiesta en su carta al dramaturgo, yo tengo el orgullo de vislumbrar lo que podía discernir oscuramente de su vida, sin las frases concluyentes de otros estudiosos, sin falsos prejuicios psi o fundamentalistas. De esta forma dejé que sus luchas me inspiren, no los materiales, sino las espirituales, es decir, las que trascienden de boca en boca en la cultura, un mundo en el que tan bien usted sabe nadar y jugar.

Tal como le hace saber a Ibsen, mi admiración suprema es por el heroísmo interior con el que llevó adelante su obra, que a mi entender es un monumento literario insoslayable. Estoy más cerca de Ibsen en edad que usted cuando escribió la carta. Más próxima al silencio que a los deseos apasionados de su juventud literaria. No obstante, pasamos 25 años juntos, usted progresando en su obra y brindándome claves para su lectura, y yo dialogando con sus textos.

Sea donde se encuentre en este tiempo, quiero agradecerle y expresar que no escribí en estas páginas ninguna conclusión sobre la escritura que le llevó toda la vida. Eso sería muy torpe de mi parte. Pero sí quiero que sepa que dejé que su obra se defienda y hable por sí misma. Mi lectura es saber en qué momentos de su trabajo nos ha dejado entrever alguna cosa sobre la que se apoyan las columnas de su fabuloso monumento. Saber cómo llega a contraer el lenguaje para llenar el texto de sentido. Alguna vez creí que, al publicar mi ensayo sobre usted, dejaría por fin su exquisita y no menos compleja literatura, pero hoy, al fin de cuentas, sé que siempre abrevaré en Joyce como en la alegría.

Afectuosamente,

Alejandra Mendé

CLAVES DE LECTURA

Leer la obra de James Joyce es un desafío. Ante los ojos del lector puede aparecer como un juego de cuentas acuñadas, en un tejido enmarañado al que hay que desenredar. Y justamente, el reto se vuelve interesante.

Innumerables textos sobre los libros de Joyce documentan diferentes aspectos de su trabajo. Sin embargo, es el mismo autor el que nos brinda los mayores indicios y esclarecimientos. En este sentido, en *El Retrato del artista adolescente* podemos descubrir, con la lupa de un detective literario, algunas claves centrales que nos permiten acceder y comprender un tanto mejor algunos puntos de inflexión desde los que se extienden, en forma de rayos, los grandes temas joyceanos.

Nadie pudo expresar mejor lo que *El Retrato* significa para el lector de Joyce que su amigo y escritor Italo Svevo:

"El Retrato de un artista adolescente podría incluirse como un capítulo de *Ulises*, si no fuese que el modo de exponer el tema lo caracteriza como cosa aparte. Yo lo considero como una suerte de prólogo. El destino le ha asignado el lugar de prólogo, pero uno muy importante, que ha demostrado su existencia ilustre e independiente."

LOS ACORDES DE IRLANDA

"Is leor don dreoilín a nead"

Irlanda: una nación dominada que espera una puesta en escena de su complejidad ancestral, religiosa, histórica y política. Un territorio en el que se encuentran encriptados mitos muy antiguos y correlatos de legiones invasoras. Hay estéticas que se apegan o rechazan su tradición. Estéticas que se arraigan con fanatismo a lo nacional, o se inscriben obsesivamente en la resurrección del gaélico, o se dejan absorber por el imperio, o se encierran en el paradigma católico. Y todas ellas forman parte de una cultura que se caracteriza por el desborde, por la profusión y por la heterogeneidad de sus manifestaciones.

Hay una inteligencia emocional cargada que espera salir a la luz como en ningún otro caso. Una cultura que desea ser reconocida en sus múltiples creencias y elementos, porque en ellos se puede conjugar la historia de Europa en su más amplio espectro.

Dioses, druidas, sabios, reyes, arzobispos, hadas, duendes, santos, árboles, letras mágicas insurgentes y belicosas que dominan el paisaje sobre el que se asienta el ADN de Irlanda. Y además, inscripto en un lenguaje que está abrumado de tanta historia. Cuando nace Joyce, el idioma irlandés, la rica fuente de vocablos que podían haber adornado la literatura nacional, era prácticamente una lengua muerta.

Entre 1840 y 1890, el idioma irlandés pasó de ser una lengua popular a convertirse en la de unos pocos campesinos de oscuras partes de Irlanda. El idioma fue en declive, perdiendo terreno rápidamente contra el inglés, en parte a las restricciones dictadas por el gobierno británico —lo cual es un ejemplo evidente del proceso conocido como sustitución lingüística.

Al mismo tiempo, la lengua oprimida insiste como un animal atrapado y golpea la lengua opresora con los elementos de un sustrato que la impregnan de influencias léxicas, fonológicas y gramaticales. Si la lengua es sinónimo de patria o patria, este

ejercicio lingüístico de sustitución tiene como correlato no solo la lengua, sino también una cosmovisión cultural en pugna que quiere salir a la superficie.

Una cosmovisión sobre la que Joyce desplaza su trabajo, para postrar esas palabras impuestas y transformarlas en todos los idiomas. Para romper y regenerar de una manera única las fórmulas de una sintaxis ancestral.

Estos son los acordes con los que va a interrogar la parálisis que vuelve híbrida su cultura. Joyce clava su cuña en la literatura de Irlanda y abandona las vacilaciones entre nacionalismo y coloniaje para convertirse en un punto de inflexión en la literatura universal.

Él crea —o reedita— en una lengua múltiple los matices y el fulgor de una nación que contiene todas las más ricas expresiones culturales de Europa, pero que, sin embargo, estaba puesta a los ojos del mundo como la cenicienta de Inglaterra. Joyce pone en evidencia que su pueblo se adormece sensible a la política inmediata, apasionado por sus luchas nacionalistas, y que es necesario que se haga un nombre tomando posesión de las más antiguas de sus tradiciones y de su ethos distintivo.

Llega al mundo, cuestiona su tiempo y hace estallar la literatura con sus papeles flagrantes.

PARNELL, LA INFANCIA Y LA INJUSTICIA

El biógrafo Herbert Gorman nos cuenta que el jefe de los irlandeses es entonces Parnell, líder por la autonomía. "Los irlandeses tienen siempre jefes", nos dice, "aunque sólo sea para traicionarlos."

Los climas son violentos, son años llenos de esperanza hasta que Parnell, el rey sin corona, al final es traicionado por una asociación de lugartenientes y del clero católico apostólico romano.

Ya cursando en Clongowes, desde 1888 hasta 1891, y en ocasión de regresar a casa, James escuchaba que su padre y John Kelly no tenían ningún tema para hablar más que Parnell. "Estos fueron los años durante los cuales este hombre inflexible llenó a Irlanda con su imagen. La mayoría de los jóvenes se imaginan a sí mismos como Hamlets; Joyce, como dejan en claro las insinuaciones posteriores, se creía a sí mismo como un Parnell. El rey sin corona de Irlanda estaba ahora en camino de convertirse en su héroe trágico."

Es llamativa la forma en la que se repiten idénticos esquemas y juegos de poder cuando se trata de mantener el statu quo necesario en beneficio de economías centrales. Siempre se trata de la extracción y el empobrecimiento social y cultural de los pueblos de la periferia.

En Irlanda, la lucha por la autonomía se pierde, según Gorman, en primer lugar porque hubo un intento del London Times de desacreditar a Parnell imprimiendo una carta, supuestamente escrita a mano, que condonó los asesinatos de Phoenix Park en 1882. El villano aquí fue Richard Pigott, cuyos dos hijos estaban en Clongowes con James Joyce; en febrero de 1889, antes de la Comisión Especial, Pigott fue desenmascarado como un falsificador por su falta de ortografía de la palabra vacilación. Se suicidó, y los maestros jesuitas fueron a cada aula para decirles a los niños que no revelaran las noticias a los hijos.

Todos estos hechos rodean la infancia del pequeño James y parece que lo tangencial toma un carácter definitivo en la obra. Que el padre de sus compañeros de colegio quede expuesto como falsificador por un error ortográfico en la palabra vacilación no parece ser un dato menor, en tanto pone en causa la idea de parálisis, de lo que la vacilación no expresa, lo que luego será disparador central de su obra.

El segundo acto de la tragedia de Parnell estuvo dado por el capitán William O'Shea, que en diciembre de 1889 pide el divorcio de su mujer, cuyo último hijo aceptó como propio el líder de la autonomía. "Los chacales se dieron cuenta de que al fin tenían la presa en su poder, y entonces derrotaron al león. La carta de Gladstone con su famosa frase que dice que la continuación de Parnell en la dirección del partido Irlandés haría 'casi nula' su propia dirección fue el golpe mortal para Parnell."

Todo termina con el casamiento con la Sra. O'Shea en 1891 y su repentina muerte el 6 de octubre de ese año.

James Joyce ya tenía nueve años cuando muere el líder irlandés.

"Su propia indignación, la indignación de un niño de nueve años de edad que ha visto la injusticia y sentido la sombría crueldad que había tras la sonriente naturaleza irlandesa, ascendió. Necesitaba un desahogo y éste tomó la forma de un violento escrito de ataque a Timothy Healy."

El padre del pequeño James Joyce, orgulloso, imprimió el poema titulado ¡Eh, tú, Healy!, que termina con un panegírico a Parnell. Lo hizo como un folleto firmado por Alleyn y O'Reilly. Del texto no queda ningún ejemplar, pero no deja de ser notable aquella impresión como un bautismo temprano del joven escritor.

La edición debe haber causado una verdadera conmoción en el pequeño James. Tal vez, sirviéndose de ella, comienza una vocación que a temprana edad lo ubica en una posición distinta al resto de los otros niños. Se trata de escribir en la vida pública. Una marca que, sin dudas, tiene sus consecuencias.

Hay un momento en la vida de un escritor en el que éste da cuenta de su posición ética. Una acción realizada en la más absoluta soledad. Se trata del escritor y su escrito. Un acto impuesto desde lo más esencial y que es un punto de fidelidad absoluta consigo mismo. Tal como sucede con Émile Zola al escribir *Yo acuso*, a costa de perder toda su popularidad y cargar en los hombros la injusticia cometida con Dreyfus, que pone a toda Francia en contra de sí. O bien, Jean-Paul Sartre, que cumple todos los pasos necesarios para recibir el Premio Nobel y lo rechaza denunciando el origen económico del premio con lo armamentista. O bien, Rodolfo Walsh, cuando ya no encuentra una forma colectiva de expresar la verdad y escribe la *Carta Abierta* a sola firma.

Estos ejemplos no nos desvían del tema Joyce. Por el contrario, nos sirven para ver cómo el autor infante asume con extrema anticipación, aún sin plena conciencia, el rol para el que lo llama su incipiente vocación.

El mismo año del panegírico hay un suceso por demás llamativo:

"La única ocasión en que se destacó ante sus condiscípulos no fue por su éxito en los deportes ni en los estudios, sino por su concepto de la justicia. Por habérsele roto los anteojos, se lo había eximido de sus obligaciones, y el Padre Daly —que pegaba antes y preguntaba después— le dio un sonoro palmetazo cuando observó que no tenía su deber."

La indignación que genera la injusticia no será todavía un escrito como en el caso de Parnell, sino un acto anterior. Un hecho con el que dejará su marca y lo hará memorable. La injusticia cometida por el padre Daly determina al pequeño James.

"Así, pues, pasó por entre los alumnos de los cursos superiores, corrió por los largos y sombríos corredores, se presentó al rector y le contó lo sucedido. El rector escuchó gravemente la queja y prometió que se haría justicia. Así lo hizo, inmediatamente, y los demás alumnos quedaron atónitos al ver que el rector actuó sin vacilar en defensa del menor alumno del curso inferior y contra el omnipotente prefecto. Fue algo que